



Cuadernos del CENDES

ISSN: 1012-2508

cupublicaciones@ucv.ve

Universidad Central de Venezuela
Venezuela

Prato Barbosa, Nelson

Reseña de "Pensamientos plurales Orígenes de los estudios del desarrollo en Venezuela" de Gregorio
Darwich Osorio

Cuadernos del CENDES, vol. 22, núm. 60, septiembre-diciembre, 2005, pp. 189-196

Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=40306011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Pensamientos plurales Orígenes de los estudios del desarrollo en Venezuela

Gregorio Darwich Osorio
Cendes-UCV, Caracas 2005

pp. 189-196

En vista del interés que ha despertado el texto citado, que da cuenta de la génesis y primeros pasos de la creación del Cendes, presentamos dos reseñas que invitan a la reflexión y al debate acerca de la reconstrucción de la memoria colectiva en la ciencia social y los modos como se explora y reconstruye la gestación y fundación de una institución científica.

Los orígenes del Cendes

NELSON PRATO BARBOSA*

Pensamientos plurales es un libro que recoge de manera sistemática y minuciosa los orígenes de los estudios del desarrollo en Venezuela, vale decir, del Centro de Estudios del Desarrollo (Cendes) de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Su autor, Gregorio Darwich Osorio, es profesor investigador de esa institución, y si bien el trabajo es el resultado de su tesis doctoral, al mismo tiempo es una reflexión sobre la trayectoria de la investigación del desarrollo dentro del propio Cendes.

Cuando se trata de hacer historia de las instituciones, la búsqueda de información, el modo de presentar a sus protagonistas, la manera de hacer la narración constituyen factores clave para que una obra como la que nos presenta Darwich Osorio se convierta en una referencia obligada para quienes se inician en el tema del desarrollo en Venezuela. Su libro recoge documentos, informes, cartas, comunicaciones y entrevistas hasta ahora inéditos relacionados con la historia del Cendes, centrándose su propuesta en los antecedentes históricos y referentes teóricos y conceptuales de los estudios del desarrollo en nuestro país. Lleno de referencias, anécdotas, registros documentales y fotografías de los protagonistas de los orígenes del Cendes, *Pensamientos plurales* quiere ser un análisis desplegado

* Profesor-investigador del Cendes-UCV.

en el tiempo para darnos a conocer la manera como una institución es producto de una época histórica determinada, y como sus protagonistas —quienes conformaron una elite de vanguardia— ayudaron a forjar en nuestro país una de las instituciones académicas y de investigación en el campo de las ciencias sociales que aún hoy deja su impronta.

En efecto, la creación del Cendes fue un hito en la historia de las instituciones científicas del país, convirtiéndose en un centro de estudios de vanguardia en el ámbito internacional y especialmente en América Latina, su principal campo de reflexión. En palabras de Hebe Vessuri, prologuista del libro, «Venezuela tuvo en el Cendes un núcleo de pensamiento que abrió al mundo y a la región y que acogió la pluralidad de ideas y personalidades más notables de esos tiempos». De allí que el esfuerzo central y objetivo de la obra se dirija básicamente a mostrarnos el proceso de institucionalización del Cendes como centro de estudios e investigación en el interior de la UCV, y la forja de su identidad. Proceso que se inició con la acogida de la planificación como método de análisis y racionalización de la intervención del Estado en la vida económica y social del país, dentro de un concepto donde la economía y las ciencias sociales debían ser concebidas a partir de una idea multidisciplinaria de la gestión pública, en una época donde la intervención de Estado era el factor clave para dinamizar las economías latinoamericanas, y enmarcado en la tesis cepalina —una de las fuentes de inspiración directa para la creación del Cendes— de que los procesos de cambio social podrían ser «planificados».

La obra argumenta y reconstruye como la presencia de diferentes actores sociales clave, provenientes de la elite del pensamiento latinoamericano como Jorge Ahumada, quien fuera el primer director del Cendes y colaborador inmediato de Raúl Presbisch, y de las corrientes desarrollistas norteamericana como Max Millikan del MIT, influyó de manera importante para inyectarle al recién creado centro de estudios una estrategia de docencia e investigación que fue modelo para muchas otras instituciones y que tuvo un claro perfil y prestigio internacional; tutelaje que no estuvo exento de controversias políticas e ideológicas, como también se muestra en el libro.

El otro hilo conductor de la obra es mostrar la correlación existente entre el proceso histórico que se vivió en nuestro país y en América Latina entre 1958 y 1961, tanto desde el punto de vista político como intelectual, para adelantar un proyecto de sociedad de carácter democrático, dentro de una concepción de cooperación internacional y acompañado de la creación de otras instituciones como Cordiplan y la Sociedad Venezolana de Planificación.

Más allá de la disparidad de los textos en los que se basa este libro, su ensamblaje y relectura, desde un doble eje de conceptos y miradas, ofrece un apretado panorama de los avances y los *impases* del Cendes —que aún continúan sobre el tapete— sobre el saber, el desarrollo y lo social en la vida académica de la UCV. *Pensamientos plurales* es una manera

de pensar la multiplicidad de escenarios en los que se desarrolla cotidianamente la vida nuestras organizaciones, y nos presenta a la interdisciplinariedad como un verdadero valor: una categoría con la que se nombra la densidad de los conflictos y los cambios sociales que viven las ciencias sociales para explicar el desenvolvimiento de nuestros países, así como lugar epistémico desde el que abarcar comprensivamente todo lo relativo a las dimensiones de la intervención social.

Pero, para el autor, la interdisciplinariedad es también los nuevos modos en que, desde el Cendes, la investigación pudo servir para agregarle imaginación a la docencia universitaria de la época, reinstituyéndola simultáneamente como reflexión y como gestión de la sociedad, pues sólo entonces pueden los estudios del desarrollo y la planificación develar lo que son en última instancia: la cuestión del sentido del devenir, esto es, de lo que compartimos como futuro esperado de la nación.

En fin, el libro de Darwich Osorio trata de demostrar cómo la manera de inserción institucional del Cendes dentro de la UCV constituyó una innovación para la gestión de una concepción multidisciplinaria, que a la postre le daría oportunidad para proponer, a su vez, nuevas formas de inserción del conocimiento dentro de la vida académica universitaria. De acuerdo con el autor, de lo que se trataba era de diseñar «un plan de investigaciones de avanzada en las ciencias sociales venezolanas que buscaba analizar el fenómeno del cambio social desde una visión integral», para lograr la formación de postgrado de profesionales altamente capacitados en los temas del desarrollo.

Orígenes y creación del Cendes. Otras preguntas

JUAN JOSÉ MARTÍN FRECHILLA*

Siempre es un estímulo intelectual encontrar un libro que sintonice con temas de investigación vinculados de alguna forma a los propios. Ello sucede con *Pensamientos plurales. Orígenes de los estudios del desarrollo* de Gregorio Darwich Osorio (Caracas, Cendes, 2005). Este estímulo, que se agradece, plantea, sin embargo, una dificultad a la hora de establecer los límites a los que obliga una reseña, porque se corre el riesgo de pedir o buscar asuntos y perspectivas que el libro no contempla porque no son —en todo derecho— los del autor. Advertencia necesaria que trataremos de sortear sin por ello abandonar nuestra vocación por la investigación histórica que estuvo presente en la lectura crítica realizada.

* Profesor de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV.

En cuatro capítulos, el libro del profesor Darwich despliega las claves del proceso institucional en el que se entrecruzaron los intereses de la administración pública venezolana y los de la academia, para concluir con la creación del Centro de Estudios del Desarrollo (Cendes), en 1961, como parte de la Universidad Central de Venezuela. Esta gestación, descrita en los primeros capítulos en términos de lo que el autor denomina la construcción de los «rasgos de identidad de origen» del Cendes, junto con una aproximación al inicio de sus actividades de docencia e investigación, componen —cuantitativa y cualitativamente— lo esencial del libro. Un mapa institucional apuntalado por otro compuesto por la injerencia de una selección de determinados protagonistas. En los dos últimos capítulos, el rescate de documentación original proveniente de los archivos universitarios da acertada cuenta intelectual y organizativa del instituto durante el tracto 1958-1961. Ellos muestran una clara intención de desarrollar una aproximación histórica de la génesis y los primeros pasos académicos de la institución. En la introducción, el autor anuncia el análisis minucioso de los aportes intelectuales de los actores fundamentales, con Jorge Ahumada como protagonista, seguido de la crónica detallada de las negociaciones que registran los repositorios ucevistas, a la que se agrega el examen de las tareas iniciales y de algunas de las tensiones que la nueva institución despertó dentro de la UCV.

El profesor Darwich cumple a cabalidad con esos objetivos, si bien se hubiesen podido sortear las largas glosas documentales de informes y proyectos, cuyo valor historiográfico es inestimable, remitiéndolas completas a un anexo, siguiendo el cuidado diseño editorial del libro cuando intercala dentro del texto, aquí y allá, algunos documentos escaneados. De este modo se habría abierto la oportunidad y el espacio para establecer alguna distancia crítica de su contenido o para formular nuevas preguntas y conjeturas y agregarlas a las que se alistan al inicio del capítulo III. Quizás de esta manera el riesgo de convertir «el discurso histórico en un ensayo bibliográfico, si no en una suerte de bibliografía comentada» —como dijo Germán Carrera Damas en reciente conferencia— se hubiese mitigado.

Los dos primeros capítulos —menores cuantitativamente y más limitados en lo cualitativo— componen el marco de referencia internacional y nacional que el profesor Darwich juzga necesario para situar temporalmente los *rasgos de la identidad de origen del Cendes*. La cursiva utilizada en la frase anterior, extraída de la jerga de la planificación, se propone destacar con ánimo crítico el asunto del contexto y el papel que usualmente se le otorga. Ejemplo del mal hacer en este sentido sería el comportamiento ante las láminas iniciales de un proyecto de arquitectura o las primeras páginas de un informe técnico; mal hacer que alienta un rápido pasar de largo para llegar al centro de interés, proyecto o proposición. Un pretexto —la doble acepción de la palabra no es casual— cuya obligatoria inclusión nadie cuestiona, pero de escasa pertinencia y limitada utilidad a la hora de la verdad. En el campo de la planificación urbana en Venezuela encontramos un singular ejemplo de pre-

texto: las fechas de elaboración de los informes sectoriales de transporte, servicios, infraestructura, población y demás eran las mismas del Informe Final, que debía haber utilizado, para el análisis y elaboración de las propuestas, los informes sectoriales. Aunque las claves referenciales que selecciona el profesor Darwich del contexto internacional y nacional para arropar su crónica –a medio camino entre la historia de los orígenes institucionales del Cendes y la trayectoria intelectual de Jorge Ahumada como protagonista y mentor principal– se encuentran totalmente alejadas del pretexto, el *a priori* o la inutilidad, no por ello dejan de generar inquietud desde distintos ángulos.

El asunto historia-individuo-institución, si bien remite a las interrogantes teóricas que expone en el prólogo Hebe Vessuri en términos sociológicos, posee también una matriz historiográfica compleja, por cuanto aquí se articulan los estratos de una investigación histórica de impronta genealógica, al decir de Michel Foucault, el pensador más inter-transdisciplinario del siglo XX. Esto no es lateral cuando se trata del tema del desarrollo, de las investigaciones para instrumentalizarlo en la perspectiva de formar a los funcionarios capaces de promoverlo. Un primer apunte en este sentido tiene que ver con cierta escasez de miga política en el texto cuando se traman temporalmente iniciativas y contribuciones intelectuales y poco se acentúan otros asuntos paralelos atinentes, como, por ejemplo, los deslindes ideológicos en el partido de gobierno, de los cuales Luis Lander Márquez –coprotagonista de esta historia oficial – no pudo estar al margen. Los discursos sobre la planificación y las industrias básicas del presidente Rómulo Betancourt, los acuerdos suscritos por la Corporación Venezolana de Fomento y la Reynolds para la planta de aluminio o el comunicado firmado en 1961 en Caracas por John F. Kennedy y Betancourt –con la punta de lanza del desarrollo y los préstamos y el trasfondo del control de cambios– tuvieron necesariamente que estar propuestos, alentados y redactados por funcionarios técnicos de alto nivel. Funcionarios incorporados a la administración pública a resultas del reparto del Pacto de Punto Fijo y sacudidos, también, por la política que aceleradamente ampliaba sus preocupaciones con nuevos temas: terrorismo, guerrillas, insurrección popular. La contemporaneidad entre asuntos académicos y políticos alrededor de la gestación y orientación del Cendes hubiese requerido un mayor cuidado para alejar la sombra del pretexto que hemos criticado.

A ello se agrega otra consideración ligada más directamente a ciertas pautas de la investigación histórica. Cuando el autor presenta a los miembros de comisiones y juntas directivas de organismos pertinentes para su objeto de estudio –Sociedad Venezolana de Planificación, Instituto de Planificación Integral, Centro de Estudios de Planificación del Desarrollo, etc.– los enumera sin los acentos que hubiesen permitido enlazar a los personajes con los roles institucionales que debieron asumir en medio de un contexto que avanzaba con rapidez en una implantación partidista repartida de oportunidades e intereses.

Por otra parte, hubiera sido ilustrativo, en el momento de las primeras tensiones académicas dentro de la UCV, disponer, por ejemplo, de los nombres de los miembros del Consejo de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales que suscribieron el documento crítico dirigido al Consejo Universitario sobre los alcances y competencias de la nueva institución, el de los estudiantes que dieron muestra de inconformidad ante ella o el de los economistas que defendían ante la máxima instancia académica ucevista sus competencias profesionales. Quizás de este modo se hubiesen podido socializar las influencias y las actuaciones, a la vez que moderar la incondicionalidad que muestra el autor con los argumentos defensivos de Jorge Ahumada. Por presencia o por omisión, un mapa más extendido de las instituciones involucradas, junto a un elenco más detallado, habría, pensamos, abierto la descripción hacia un análisis de consistencia mayor.

Para la elaboración de los capítulos contextuales, el apoyo fundamental proviene de lo dicho o escrito por algunos de los protagonistas seleccionados. Esta circunstancia plantea una dificultad historiográfica adicional, y hace que el texto se resienta, en términos críticos, por el no siempre presente contraste requerido. Las visiones que allí se ofrecen pueden incluir errores de información –involuntarios o no es otro asunto–, pero sobre todo pueden dar cuenta de cierta tendencia a potenciar lo trascendente del papel que asumieron y a difuminar lo que existía al momento de su entrada a escena. José Antonio Mayobre, por ejemplo, sostenía según el autor –no indica cuando, pero suponemos que después de 1958– que «se requerían métodos que ayudaran a recopilar información y estadísticas del sistema socioeconómico», y Celso Furtado, también según el autor, «presentó las primeras estadísticas macroeconómicas del país» en 1957. Esto deja fuera de consideración la contratación desde 1936 del suizo Pierre Denis y de los exiliados catalanes Josep Antoni Vandellós y José Vicente Montesino Samperio para esos menesteres. Contrataciones que incluyeron, además, la constitución en la administración pública –Ministerio de Fomento, Ministerio de Hacienda y luego Banco Central de Venezuela– de particulares escuelas de cuadros que impulsarían la creación de la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales en 1938 –adscrita a la UCV un año después– y, en 1952, de la Escuela de Estadística y Ciencias Actuariales en la misma universidad.

Si esto puede llegar a suceder con los testimonios de quienes inscriben sus responsabilidades en el ámbito profesional, qué no sucederá con quienes han actuado y aspiran a actuar de nuevo en el ámbito estrictamente político. Recurriremos a Rómulo Betancourt como ejemplo paradigmático para avanzar algunas claves para otras preguntas, adicionales a las que el profesor Darwich se planteó.

En 1945 Betancourt implantó una clara ideología antiurbana para disolver la modernización que desde tiempo atrás se había ido materializando en la capital. Era útil hacerlo,

no sólo para ventilar una distribución presupuestaria más equitativa ante el resto del país —de buenos dividendos políticos— sino para amortiguar el impacto en la capital de obras como la reurbanización de El Silencio y el inicio de la construcción de la Ciudad Universitaria. Las «moles de concreto» de la capital, criticadas en 1945 por el presidente de la Junta, dieron paso, desde 1958, a «las obras monumentales y suntuarias», crítica avanzada esta vez en los discursos de todos los «mandos» del nuevo gobierno, no sólo por Betancourt. Era necesario en 1958 distraer la atención hacia el Sistema de la Nacionalidad, el Centro Simón Bolívar o el hotel Humboldt, para que la Ciudad Universitaria funcionando, la autopista Caracas-La Guaira o las urbanizaciones del Banco Obrero perdieran peso específico.

Las comprensibles coartadas del político han ido nutriendo una historia oficial —en este caso partidaria— según la cual las iniciativas ligadas al desarrollo y la modernización surgieron en 1945 —en muchos casos fue efectivamente así—, fueron liquidadas en 1948 y recuperadas en 1958. Como sostener el vacío de una década no siempre es posible, se enuncian de pasada acontecimientos e iniciativas para saltar rápidamente a 1958, dejando así los incómodos antecedentes como marco de referencia de escasa utilidad. Para el caso que nos ocupa, existen fuentes documentales y bibliografía suficiente como para que la planificación, la formación de recursos humanos y el papel del Estado como promotor académico hubiesen tenido otro desarrollo en asuntos sin duda atinentes a la investigación realizada. Resolver en pocas líneas el impacto institucional de la Comisión Nacional de Urbanismo (CNU) de 1946 o de la Oficina de Estudios Especiales (OEE) de 1953 tiene su precio a la hora de las preguntas y las conjeturas.

Julián Ferris, por ejemplo, aparece vinculado a la CNU entre 1949 y 1952 para luego aparecer en 1958 en la UCV. Esta pasantía hubiese requerido establecer algunos vínculos con la presión iniciada en 1949 por la Escuela de Arquitectura para separarse de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, que culminaría en 1953 con las Facultades de Ingeniería, de Arquitectura y Urbanismo y de Ciencias. Vínculos que ayudarían a explicar la «aparición» del urbanismo en la nueva facultad. Existe documentación sobre la proposición formulada en 1949 por Maurice Rotival para la creación de un Instituto de Urbanismo —dentro o fuera de la universidad—; también hay constancia de los cursos no formalizados de «doctorado» que siguieron los profesionales adscritos a la CNU mientras elaboraban, además, los planos reguladores para las ciudades venezolanas. Las razones para que se pospusiera hasta 1967 la creación del Instituto de Urbanismo habrían podido buscarse, entonces, no sólo en la nueva formación profesional y técnica que trajo Luis Lander del exilio y en la atmósfera cepalista, sino en otras fuentes nacionales. La evaluación profesional, pero sobre todo política, de Maurice Rotival, quien en 1959 se encontraba en Caracas, debió estar presente en las opiniones de algunos de los profesionales fundadores de la Sociedad Venezolana de Planificación.

Opiniones que debieron remitirse a la actuación de la Comisión Nacional de Urbanismo entre 1946 y 1957 y cuyos desencuentros con el alto gobierno por sus limitadas posibilidades profesionales —recordemos que Leopoldo Martínez Olavaria decía para explicar su restringida impronta espacial: «el economista de la Comisión era yo»— culminarán en la creación, en 1953, de la Oficina de Estudios Especiales. Desencuentros por el alcance de la CNU en sus intervenciones que ya habían aflorado en 1949 con la iniciativa de Carlos Delgado Chalbaud de crear una Comisión Nacional de Planificación. No parece entonces prudente pasar tan rápido por los antecedentes. El papel del Estado como dinamizador de una universidad anquilosada ya contaba con ejemplos singulares como los del Ministerio de Fomento y la Escuela de Geología o los aludidos en el campo de las ciencias sociales y la estadística; mientras que en tiempos de la OEE persistieron estas singulares iniciativas con la creación de la Escuela de Metalurgia. La documentación relativa a la OEE aguarda en Miraflores un tratamiento más ajustado desde la compleja perspectiva del desarrollo, la implantación de las industrias básicas, la formación de recursos humanos. Una actitud más desprejuiciada sobre el período 1948-1958 hubiese permitido enriquecer, y sobre todo utilizar, el marco de referencia con mayor profundidad.

Finalmente, una referencia a Sartre que el autor guarda celosamente para el final de las conclusiones nos remite al presentismo, a la vocación de «ciencia aplicada» que tiene esta historia institucional. Para quienes la historia —está por verse el asunto de la «ciencia»— no es una guía para orientar el presente o el futuro, este libro tiene el inestimable valor de que puede ser leído en clave crítica, por lo que aporta como conocimiento, a la vez que alienta hacia lo que falta por conocer.